triba la interna unidad que los relaciona unos con otros, quitando á esta compilación todo lo fortuito y caprichoso que de otro modo tendría.

El lector dirá si he acertado á expresar en las páginas que siguen lo que me propuse, y si realmente le sirven, como yo desearia, para avivar en él, juntamente con el recuerdo de hechos y de figuras que atrajeron su atención, el deseo de repetir y ahondar las impresiones estéticas que le causaron.

R. A.

Oviedo, Octubre de 1907.

PRIMERA PARTE

Libros y autores españoles

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFUNSO KEYES"
Apdo. 1625 NONTERREY, MEXICO

La mujer Apdo. 1922 en las novelas de Pérez Galdós

La terminación de una cuarta serie de Episodios nacionales, trae á la memoria aquellos días gloriosos en que Pérez Galdós, naciendo á la vida de la literatura novelesca, asombraba á la crítica perspicaz por los indicios y promesas de un talento robusto, sólido, originalísimo, de cuya granazón tan dorada y repleta mies había de salir.

La índole de muchos Episodios, y aun de varias de las Novelas contemporáneas, pudo hacer creer á los lectores superficiales que Galdós iba á encarrilarse de una manera definitiva por el riel, en cierto modo fácil y siempre escurridizo, de la novela que pudiéramos llamar dramática ó de enredo, en que lo movido é interesante de la acción exterior, que halaga la curiosidad del gran público, lo llena todo, con perjuicio de otras condiciones más fundamentales, que son las que han inmortalizado á los mejores novelistas de nuestro siglo. No quiere esto decir, por de contado, que sea despreciable en la novela la acción movida y accidentada, que en la vida real es elemento importante y el más visible sin duda. Pero así como

en la vida todo hecho exterior es pura expresión y resultado de un proceso interno psicológico, en que halla su substancia y razón de ser y su alto sentido y valor de realidad, en el arte, los que sólo atienden á tales manifestaciones externas suelen desligarlas de su raiz y origen, y quedarse con la cáscara seca y fofa que nada dice ni representa nada.

En Galdós no era de temer semejante peligro. Desde sus primeras obras, notábase en él la iniciación de lo que le ha convertido luego en uno de los más grandes novelistas de este siglo: la psicología honda y aguda, la observación perspicaz y luminosa, que había de llevarle á esas admirables reconstrucciones de caracteres que acercan su nombre á los nombres ilustres de Balzac y Stendhal. Galdós es, efectivamente, ante todo, un creador de caracteres; y en la serie innumerable y rica que ofrecen sus novelas, quizá no hay otros -si se exceptúan los de curas-más completos y de mayor alteza artística que los caracteres de mujer. Esta condición de la literatura galdosiana es de las más relevantes, porque, á pesar del extraordinario desarrollo que la novela ha alcanzado en nuestros dias, apenas si cabe citar unos cuantos tipos femeninos que sean fruto de verdadera penetración psicológica, ó que traspasen los linderos de las más externas, incoloras y fútiles manifestaciones del alma femenina.

Ya en La Fontana de Oro (1872) había apuntado esa agudeza de Galdós para sorprender rasgos fundamentales y nuevos en la mujer. En los primeros Episodios quedó obscurecida esta cualidad por otras atenciones absorbentes: las mujeres que por aquellas páginas discurren—Inés, su madre, la inglesa de Los Arapiles y tantas otras—, no

están más que bosquejadas, deliciosas en todo lo exterior, pero, muy á menudo, faltas de consistencia y de armazón sólida; mas en la segunda serie, cuando vuelven á encontrarse en Madrid Jenara y Monsalud, recobra y afianza Galdós la perspicacia analítica, doblada de maliciosa experiencia (que á veces se aproxima á la de Campoamor), base de tan grandes aciertos futuros. A medida que avanza la acción, la figura de Jenara -mucho más real que la de Solita-va nutriéndose v macizándose, haciéndose más humana, v por ello más compleja, hasta convertirse en admirable retrato de una de estas damas-tan abundantes en la historia secreta de la diplomacia antigua, venidas muy á menos en el ojalaterismo de tiempos recientes-, que á un ingenio sutil, á una travesura graciosa y chispeante, á un talento claro y á un espíritu aventurero y atrevido, unen el fuego de las grandes pasiones, apoyado en la excelencia de dotes corporales que utilizan á maravilla. Las páginas autobiográficas de Los cien mil hijos de San Lyis, son un modelo de esa malicia analítica que ha hecho, más tarde, célebre el nombre de Marcel Prévost.

El tipo de Jenara reaparece luego en otras novelas. No es ya conspiradora, ni trashumante, porque los tiempos han variado; pero es siempre la representación de la mujer superficial que vive de todo lo externo y que (usando una acepción de la palabra distinta de la poca honesta que, por antonomasia tan sólo, se le da comúnmente) cabria llamar sensual, contraponiendo los sentidos, como órganos de la exterioridad ligera y egoísta, al espíritu, que atiende á más hondas cosas de la vida. Este tipo, reforzado y multiplicado en la realidad por efecto de una literatura desequilibrada y pica-

resca que de Francia ha irradiado á todos los países latinos, tiene también admirables representantes en La Regenta de Leopoldo Alas, y merece en todos sentidos-artística y socialmente-un cuidadoso estudio. En él señálase el grave peligro de cierto intelectualismo superficial y malsano, de que reviste à la mujer una educación aparatosa y extranjerizada, muy en uso, que junta elementos tradicionales de pura apariencia con novedades pegadizas, admitidas por indiscreta concesión á lo moderno, sin pensar bien en sus efectos.

Con más insistencia ha estudiado Galdós la mujer fanática (Doña Perfecta y la sobrina del Penitenciario, María Egipciaca y otras), advirtiendo, con admirable intuición, la base de ignorancia real y de pasiones mezquinas, en esa misma ignorancia fundadas, que convierten en temible, aun para los más altos y sagrados intereses de la vida, ese tipo femenino, tan frecuente en nuestra socie-

dad actual.

Pero los tres caracteres más originales v estudiados, las tres grandes figuras de mujer que descuellan entre todas en la literatura galdosiana, son, á no dudarlo, Camila de Lo prohibido, Fortunata de Fortunata y Jacinta, y Augusta de Realidad. Es la primera expresión de aquel antiguo ideal de mujer de su casa, tan deficiente, sin duda, para una razonable ordenación de la vida, pero tan lleno de sólidas y excelentes cualidades. Fiel. hacendosa, limpia de corazón y de cuerpo, esclava y tutora á la vez de su marido, aguda para las cosas pequeñas y prácticas, vulgar para otras de alto vuelo, sólo le falta á Camila un poco más de ambiente espiritual, un horizonte más amplio en la concepción de su papel en el mundo, para ser modelo apetecible de mujeres. Al lado de sus hermanas, neuróticas y sensuales, al modo de Jenara, representa la protesta viva de todo lo normal, lo sano, lo bueno, sin luchas ni vacilaciones, en esferas fundamentales de la moral familiar; y gustosamente le perdonamos sus vulgaridades burguesas, en gracia á sus virtudes, fruto espontáneo. nacido sin esfuerzo alguno de su alma incapaz, tal vez, de talla complicada y fina, pero rica en

quilates y de peso elevado y seguro.

Fortunata es una felicísima creación en que Galdós ha puesto lo mejor de su ciencia madrileña, tan profunda y nutrida de pormenor como la ciencia parisién (menos experimental quizá, sin embargo) de Balzac. Es Fortunata legitima hija de esos «barrios bajos» de Madrid, donde vive una población ineducada, pero viva de ingenio, mezcla de grandes latitudinarismos morales y de esas virtudes espontáneas que suelen hallarse en los pueblos medio civilizados: cierta caridad ardiente v franca, en casos de sencilla y clarisima cooperación al desvalido; cierta facilidad para responder con irreflexivo movimiento á la voz de ideas generosas; cierto romanticismo simpático, aunque peligroso, y aun la comprensión de determinadas virtudes domésticas y amores familiares que, bien dirigidos y aprovechados, podrían dar mucho de si. El contraste entre la mujer del pueblo (Fortunata) y la mujer burguesa, también muy madrileña (Jacinta), está perfectamente buscado y visto; y tal ha sido la maña del autor, que la primera, con todos sus defectos, nos atrae más que la segunda con todas sus bondades, quizá por ser éstas pasivas y expresar aquéllos el arranque y la fuerza, señales de vida briosa en que toda esperanza tiene asiento. Los que sólo conocen la chula madrileña por las caricaturas del género chico, no

pueden formarse idea de la admirable verdad de esa humana y atractiva muchacha que Galdós ha sabido traer al arte, sin hacerla bailar agarrao ni cantar couplets salpimentados groseramente.

Augusta nos lleva á un mundo completamente distinto: es el mundo artificial y desequilibrado de nuestra burguesía alta, en que vigorosamente medra ese tipo neurótico, abierto á todas las curiosidades malsanas, débil para todos los esfuerzos redentores, superficial é irreflexivo, de que Augusta es modelo acabado. Todo lo que en tales mujeres hay, á la vez, de simpático por el calor del afecto (que saben sentir à menudo hasta el heroísmo, hasta la muerte) y de antipático por su ceguera ante las delicadezas y finuras del espíritu, su falta de valentia moral, de arranque para responder à los más ardientes llamamientos de la nobleza de alma, y esa frialdad inerte que las imposibilita para reconocer la falta y redimirse en lo íntimo por verdadera contrición, hállase estudiado y claramente expuesto en el tipo de Augusta.

Dejando á un lado la gran parte de culpa que indudablemente tiene Orosco en la irredimibilidad de su mujer, adviértese al punto en aquella dramática conversación última de los esposos, que Augusta—revelando en esto otro carácter de la especie—es de las que pueden retroceder en el camino de la falta por el temor de las consecuencias exteriores, pero que en el fondo no dejan nunca de acariciarla y de apetecerla, gozosas de hallar al cabo una fuerza superior, extraña, que las arrastre, ó un motivo, como verbigracia, el despecho, que las justifique y disculpe. Como representante de todo un mundo—por desgracia ni nuevo ni de reducida dispersión geográfica—, es Augusta, á mi entender, lo mejor estudiado en

nuestra literatura contemporánea. Digna hermana suya en el arte, pero con aspectos nuevos que la diferencian no poco, es aquella Ana Ozores de La Regenta, que siempre quedará como modelo en la novela española.

Al lado de estas tres figuras maestras, agrúpanse en el mundo de Galdos otras muchas, reveladoras de manifestaciones diferentes del alma femenina: la dulcisima y triste Marianela, que recuerda á Mignon; la débil flor de Orbajosa, víctima temprana de los vendavales de la vida; la dramática Gloria, esfuerzo poderoso de una invención romántica vestida á la moderna, pero inolvidable, à pesar de la inconsistencia real que su propio autor cree hallarle; la clásica y picaresca Andara, que parece salida de la posada de Monipodio; la mística y soñadora Leré; la infortunada Tormento; la serie de viejecillas de admirable dibujo, que van desde la trastornada tía de Miquis à la mezquina de Doña Lupe, ó la generosa criada de Misericordia: toda una galería de retratos que si no agotan (ni con mucho) la riquisima complejidad de la psicología mujeril, ni siquiera en la común y más frecuente manifestación del amor, pueden ostentar con todo derecho el doble título de genuinamente españoles y de engendrados por el más sincero y sutil arte. Para mayor colorido nacional, aparecen en el fondo las desgarradas y airosas figuras de las manolas de 1808, de las zaragozanas heroicas, de las gerundenses guerrilleras, que forman todo un género en la femenidad española; y por lo que toca al amor, bastarían para hacer grande la obra de nuestro novelista las invencibles pasiones de Marianela, de Gloria, de la misma Mariquilla la Candiola (en Zaragoza), que tienen algo de la sublime apasionada de

Stendhal, de la épica protagonista de La Cartuja, una de las pocas criaturas del arte que se muestran realmente animadas por ese sentimiento que todos invocan y que rara vez nace de veras, penetrando el ser entero, hasta sus más hondas raíces, en el alma de las mujeres y de los hombres.

PRIM

Sabido es que Prim encargó al gran artista Regnault que le pintara un retrato. Regnault pintó ese lienzo admirable que guarda el Museo del Louvre, y que el grabado ha reproducido cientos de veces: en el primer término, Prim, á caballo, la cabeza descubierta, refrenando el bruto, cuya postura es de una gallardía verdaderamente hermosa, mira hacia el espectador; en el fondo se dibuja la procesión clamorosa, entusiasta, del pueblo armado. Prim rechazó la pintura, diciendo que él era general del ejército español y no cabecilla de una banda algunos de cuyos individuos tenían todo el aspecto de facinerosos. Prim se equivocó en esto: no entendió á Regnault.

Lejos de querer agraviar al caudillo progresista, Regnault quiso hacer, é hizo, un cuadro que no sólo contuviese la figura de aquél, sino, juntamente, la expresión de su carácter histórico. Prim era, como hubiera dicho Emerson, «un hombre representativo», y para darlo á entender plásticamente era preciso colocar á su espalda el signo de esa representación. El era el hombre de las revoluciones; y aunque su base fué siempre el ejército, «la cuartelada» (en la cual las revoluciones españolas se distinguen esencialmente de las

francesas), á su lado tuvo una masa popular entusiasta, nervio de su fuerza real, que Regnault pintó con un realismo irreprochable.

Galdós ha visto de igual modo á su héroe.

Su Prim es el del artista francés, no el Prim de la guerra de Africa, entrevisto en Aita Tettauen; no el Prim de la expedición á Méjico, sino el Prim que encarnaba el afán revolucionario, la vehemente aspiración de los aprisionados en aquel régimen de camarillas, embustes y paños calientes, de los últimos años de Isabel II, á romper las ligaduras y salir á campo libre: quizá, muchos de ellos, para no saber qué liacer en él, como no fuera respirar á sus anchas y paladear el goce de haber quitado de en medio lo que á todos parecía obstáculo para vivir á la moderna y realizar grandes cosas. Por eso, precisamente, fué popular Prim: encarnaba el sentido de protesta á que es tan penetrable el espíritu español (sobre todo cuando toma caracteres de aventura militar), y el fuerte optimismo de la época, que fiaba las mayores reformas à un cambio de política y las creía hacederas en breve tiempo. De ahí que la leyenda se apoderase tan rápidamente de la persona de Prim.

El conspirador eterno, infatigable, atrevido, que se deslizaba como una culebra tras de cada fracaso para reaparecer moviendo otra sublevación á los pocos meses, debió tener para nuestros padres el encanto que para el pueblo tienen siempre los perseguidos que saben burlar á la policía ó á la guardia civil, y si á mano viene, jugar á sus perseguidores alguna broma pesada.

Y si el perseguido lleva tras de sí la esperanza de un mundo mejor, del conseguimiento de los más nobles y generosos ensueños del espíritu social, éste lo sublima y eleva hasta la categoría de un héroe semisanto.

Describiendo la agitación de aquella noche memorable en que Prim reunió en Villarejo de Salvanés á sus huestes para un nuevo intento revolucionario, que fracasó, como es sabido, Galdós escribe:

«En las cabezas grandes y chicas ardían ho-

» Las llamaradas capitales, Prim, Libertad, se subdividían en ilusiones y esperanzas de variados matices: Prim y Libertad serían muy pronto Paz, Ilustración, Progreso, Riqueza, Bienestar...»

Así lo creían los conspiradores, el elemento civil é intelectual que ayudaba y empujaba à Prim. Si éste no creyó lo mismo, ó no se movió para perseguirlo sinceramente, guiado sólo por sentimientos y anhelos personales, peor para él, para el juicio moral de su persona. Pero de eso no tenemos ahora que hablar. Nos importa únicamente en Prim el símbolo, y el símbolo era el progresismo.

Galdós pinta de mano maestra á un progresista de aquellos tiempos: uno de aquellos burgueses «pacíficos, dulces, creyentes» en su casa; apasionados, sectarios, amotinadores é impasibles ante el derramamiento de sangre, en la calle. «En la calle—dice—ponía toda su alma y todo su dinero al servicio de una causa que por medios violentos había de triunfar de la causa contraria; no le espantaban los ríos de sangre, si en ellos perecía el enemigo. Y la causa era, en suma, un ideal fantástico y verboso, un *Progreso* de fines indecisos y aplicaciones no muy claras, una revolución que tan sólo cambiaría hombres y nombres y remediaría tan sólo una parte de los males de la nación.»

La pintura es exacta, y no le quita un ápice de verdad el hecho de que en él progresismo hubiese algunos hombres que concebían más hondos cambios, porque la mayoría era, en el fondo, raspado el barniz revolucionario—que tiene mirajes de radical—, como el Chaves progresista de Galdós. Así continuaron siendo aún muchos de los que años después se hicieron republicanos.

Pero guardémonos de despreciar á los hombres aquellos. Galdós no los desprecia, porque se hace cargo de la misión que cumplieron en la po-

lítica española.

«Ello es—escribe, refiriéndose al mismo Chaves—que sin el llamado candor progresista de que tanta burla han hecho los oligarcas de poco acá, no se habría limpiado esta vieja nación de algunas herrumbres atávicas que la tenían paralizada y como muerta. Si héroes anónimos hubo siempre en nuestras epopeyas guerreras, también los hubo en los dramas políticos, héroes de abnegación no menos grandes que los que arriesgaron la vida y el honor militar. Por ellos podemos hoy preparar libremente más altos cambios en la vida española.

Como siempre, Galdós triunfa en los momentos épicos de su narración. La romántica retirada de Villarejo hasta Portugal, está descrita de un modo admirable, con verdadera emoción artística, sobre todo cuando el relato llega al tránsito por la región manchega, desde Villarta al palacio de Urda, y se detiene en describir la noche pasada en el cazadero, atrevidamente acampada la expedición fugitiva en el coto montés de Prim. Los paisajes manchegos, sólo entrevistos en la rapidez de la marcha, tienen una verdad y una poesía inolvidables. También lo es aquella noche angus-

tiosa en una casucha de Valencia, á la espera de la sublevación de los regimientos, que al fin no se hace. Por allí, y en otros sitios del libro, vaga la figura legendaria del capitán Lagier, que va unida á mis recuerdos de niño en tierra alicantina, donde el entusiasta marino liberal vivió sus últimos años sin perder la aureola de leyenda justamente ganada.

No es Prim el único símbolo que hay en el Episodio Nacional de Galdós. El maestro es aficionado á los personajes de este jaez, como todo el mundo sabe, y ahora ha mezclado á la trama un misterioso y desvanecido Ibero, que bien puede ser—entre otras cosas—la expresión de un más allá radical que falta en el programa ostensible del progresismo, como lo es de la singular difusión del credo espiritista, que tal vez arraigó más que en ninguna otra parte en la tierra valenciana y que constituye un curioso episodio de la historia de las ideas, no carente de efectos importantes en la vida cosial de alemento.

tes en la vida social de algunas regiones.

Otro personaje hay en el Episodio, que debe considerarse como un feliz hallazgo: es aquel Confusio, hermano intelectual del famoso novelista Ido del Sagrario, que escribe la historia contemporánea de España, pero no la Historia real y vívida, sino la Historia lógico-natural de los españoles de ambos mundos en el siglo XIX, en que los hechos se cuentan, no tal como fueron, sino como debieron ser; porque Confusio cree, á la manera de un hegeliano, que «todo lo ideal, es real» y que no hay nada más real que lo ideal. Y no cabe duda que los españoles hubieran podido hacer más lógicamente de lo que la hicieron su historia del siglo XIX, sobre todo en lo relativo à Fernando VII.

UNIVERSIDE CAUTION REVES!

Prim era á ratos, también, lógico-natural, á despecho de los demás políticos españoles. Lo fué en la cuestión mejicana, de grato recuerdo para los americanos; y que no tuvo entonces la conducta del general nada de irreflexivo ó de poco alcance, lo muestra que más de una vez insistió en dirigir la diplomacia española hacia la cordialidad de relaciones con las repúblicas de América, procurando así rectificar el error cometido durante muchos años. Todo el mundo recuerda la declaración ministerial de Prim hecha en las Cortes el 19 de Junio de 1869, de la cual formaba parte el propósito de «reanudar las relaciones con las Repúblicas hispano-americanas, inspirándolas en un sentido de la mayor cordialidad posible». Prim tenía, pues, la conciencia del problema que hoy constituye para muchos una novedad y que ha sido la enseña de los últimos congresos celebrados en España y de las campañas de muchos pa triotas é intelectuales. Por lo que toca al episodio de Méjico, que ya podemos ver como una primera manifestación de la política americanista de Prim. ha escrito recientemente un historiador francés. sin duda, hoy por hoy, el mejor biógrafo del general: «Hay que rectificar completamente la injusticia de las censuras de que fué objeto su proceder por parte del gobierno imperial (el de Napoleón III). Prim previó el porvenir con sorprendente precisión, y si el emperador hubiese escuchado los consejos que le dirigió desde Orizaba, se hubiese ahorrado las desastrosas consecuencias de la aventura mejicana. Otra hubiera sido la marcha de los subsiguientes acontecimientos en Europa» (1).

Y este mismo autor, termina el libro de que procede el párrafo citado, diciendo: «Más que nadie, Prim trabajó por la liberación política de su patria, Luchó y sufrió por esa causa y cayó al día siguiente del triunfo. En reconocimiento de lo conquistado por el liberal, España, en la figura de Prim, olvidará al ambicioso.»

Así es; y en estos días, los liberales españoles se aprestan á celebrar, en caluroso homenaje á Galdós, la memoria de Prim y la gloria del novelista, unidas en las páginas del nuevo Episodio Nacional.

⁽¹⁾ H. Léonardon: Ministres et hommes d'État. Prim. Paris, Alcan, 1901.